PARTE IV

EXPERTOS

Desplazamiento forzado: potencia política de la acción psicosocial

*Claudia Tovar Guerra**

En el marco del conflicto armado colombiano, el destierro forzado se ha constituido en un fenómeno de proporciones aterradoras, hasta tal punto que Colombia es hoy el primer país con más población en situación de desplazamiento forzado. Se trata de un problema tristemente vigente en nuestro país. La Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) muestra que durante la implementación de la Política de Seguridad Democrática, que rigió en los dos gobiernos del expresidente Álvaro Uribe Vélez, se expulsó al 49% del total de la población desplazada en los últimos 25 años (Codhes, 2010).

* Psicóloga, especialista en Resolución de Conflictos, magíster en Estudios Políticos y candidata a doctora en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Como profesora e investigadora del Departamento de Psicología de la Universidad Javeriana ha participado en proyectos sobre violencia política y formación política, al igual que ha coordinado el trabajo de campo de estudiantes de prácticas y énfasis con poblaciones víctimas de violencia política, especialmente personas y comunidades que han sufrido el desplazamiento forzado. Actualmente lidera el grupo de investigación “Lazos Sociales y Culturas de Paz” de la misma Universidad. También ha sido consultora para organizaciones internacionales. Correo electrónico: claudiatovar-guerra@gmail.com

Ser desterrado de manera violenta implica para sus víctimas una doble condición de vulneración: 1. Haber vivido en un ambiente de guerra y el consecuente impacto de la violencia, lo que supone el terror cotidiano, el silenciamiento, la legitimación de la violencia que deriva en la supresión de la solidaridad con los afectados y la imposición de una lógica maniquea en relaciones sociales (Osorio, 2004; Vega, 2002); 2. El destierro, que es desarraigo y choque cultural: *desarraigo* que cobra matices particulares en la cultura campesina, cuya relación con la tierra trasciende la simple posesión material, y *choque cultural* en el encuentro con un contexto muy distinto. A esto se suma la alta vulnerabilidad en las condiciones de huida y el estigma de la guerra.

Un conjunto importante de “profesionales psi”¹, dentro de los que se encuentran psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, antropólogos y sociólogos, ha visibilizado las consecuencias emocionales y relacionales de esta situación bajo las denominaciones de “efectos psicosociales y culturales” (Camilo, 2000; Arias y Ruiz, 2000; Correa y Rueda, 2000) o “significados de la experiencia” (Sacipa, 2003; Sacipa, Tovar, Galindo y Vidales, 2009). Al mismo tiempo, los profesionales psi han asumido de suyo la tarea de contrarrestar tales efectos, para lo cual han desarrollado cuerpos técnico-conceptuales como alternativa para quienes llegan a los ambientes urbanos en busca de modos de sobrevivir y con la esperanza de algún día *volver a vivir*.

Las maneras en que los profesionales psi intervienen con las víctimas en contextos de conflicto armado vienen haciéndose bajo diversas denominaciones. Las primeras intervenciones psi con personas y comunidades víctimas de desplazamiento forzado se realizaron bajo la denominación

1 Aquí se entenderá la expresión “profesionales psi” en el sentido en que Nikolas Rose (1990) habla de las “disciplinas psi”. Rose recoge esta expresión de los trabajos de Michael Foucault como una forma crítica de referirse a aquellos saberes y prácticas de disciplinas como la psicología y la psiquiatría tendentes al dominio de las almas y de las acciones humanas. Se utiliza acá como una manera genérica y autocrítica de referirse a lo que hacemos bajo las denominaciones de “salud mental” y “lo psicosocial”.

“atención en salud mental”. Más adelante, a partir de la misión en Colombia de Francis Deng, del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), se empezó a hablar de “atención psicosocial”, motivados por una discusión nutrida por asesores internacionales, como Martín Beristain², que habían trabajado en escenarios de conflicto interno en otras partes del mundo y que asesoraron al mismo Francis Deng en la redacción de los *Principios rectores de los desplazamientos*. Más adelante, la denominación “acompañamiento psicosocial” dio un nuevo sentido a esta práctica. Junto con estas denominaciones, la intervención misma ha cambiado de manera sustantiva.

Este texto presenta las perspectivas de intervención psi frente al desplazamiento forzado en Colombia, mostrando sus alcances y limitaciones políticas. Identifica además el punto muerto de las intervenciones actuales y deja esbozada una propuesta teórica para superarlo y potenciar políticamente el trabajo psicosocial.

Enfoque de salud mental

Hasta mediados de la década de los noventa del siglo XX se daba por sentado que el desplazamiento forzado interno en Colombia era producto del fuego cruzado entre actores del conflicto y obedecía a un efecto no esperado de las hostilidades. Así lo expresa Naranjo (2001): “Los desplazamientos de población eran percibidos como algo capilar, aluvial y como un resultado, no buscado, de las operaciones militares de las fuerzas en disputa”.

Por esta vía, los efectos de los desplazamientos por conflicto armado no parecían diferenciarse de los vinculados con desastres “naturales”, por lo cual las primeras intervenciones en todos los ámbitos se guiaron por los

2 Médico vasco, especialista en educación para la salud. Ha trabajado con víctimas de la violencia política en Guatemala, El Salvador, Colombia, México, entre otros países.

parámetros de la atención en desastres, cuya definición incluía los causados por humanos.

En este orden de ideas, en lo que se refiere al sufrimiento de las víctimas se reconoció que la violencia política y el desarraigo traían consigo consecuencias traumáticas, y que estas requerían de atención, para lo cual se contaba con conocimientos en psiquiatría y psicología (perspectivas de trauma). En segunda instancia, se entendió que particularmente en el caso del desplazamiento forzado era evidente que los cambios abruptos del destierro planteaban una situación de crisis vital; igualmente se contaba con toda una psicología de la crisis, que además tenía avances técnicos bien probados y documentados (perspectivas de crisis). Finalmente, la situación de muchas personas desplazadas suponía la pérdida de seres queridos, la mayoría de los cuales habían muerto de manera violenta o desaparecido sin rastro alguno, es decir, estaban en situación de duelo (perspectivas de duelo). Fue así como las perspectivas de trauma, crisis y duelo constituyeron la primera caja de herramientas para el trabajo de atención a las víctimas.

Estos abordajes se circunscribieron en un modelo médico bajo el esquema de diagnóstico (basado en síntomas), pronóstico y tratamiento (o terapia). De esta manera, la tarea consistía en identificar la sintomatología derivada de la vivencia adversa y combatirla con los métodos en salud mental ya bien probados y difundidos por más de un siglo de conocimiento psicológico y psiquiátrico.

Bajo esta mirada, el daño o el impacto negativo se ubican en la víctima impotente, cuyas capacidades individuales de afrontamiento del suceso están agotadas (Lazarus y Folkman, 1986). Es preciso tener en cuenta que estos enfoques fueron pensados *en* y *para* sociedades que no están afectadas por conflictos armados internos y que, por tanto, conciben las causas y los desencadenantes de traumas, crisis y duelos como episodios o sucesos transitorios y poco frecuentes en un estado de cosas “normal”.

De esta manera, la finalidad básica de este enfoque era disminuir el malestar psíquico y ayudar al individuo a retomar la vida cotidiana. “Adaptación” y “curación” son términos que reflejan la orientación de estas intervenciones, de las que sin duda se registraron logros relacionados con la disminución manifiesta de los síntomas inventariados en la fase diagnóstica.

No obstante, resultaba recurrente una reaparición de los síntomas, a veces con más fuerza, desencadenada por una nueva amenaza o por la angustia de terminar el periodo de apoyo humanitario sin lograr las condiciones mínimas para la supervivencia de sus familias³. En el mejor de los casos, las personas lograban ubicarse precariamente y gozar del beneficio de reducir su tristeza, su angustia y/o su estado de alerta permanente, pero muchas veces otros aspectos relacionados con la “pérdida de la dignidad” permanecían sin ser trabajados o transformados, pues los significados sobre las razones de su vulneración permanecían en el plano de la autoculpabilización, la naturalización o la interpretación fatalista.

En este sentido, dichas intervenciones resultaban funcionales a los intereses de los actores armados, en tanto se limitaban al alivio del sufrimiento y a un llamado a los actores del conflicto a respetar el Derecho Internacional Humanitario, como única forma posible de incidencia política. Así, las intervenciones psi, bajo los modelos de tipo adaptativo, basados en el manejo del trauma individual, cumplían con la función de anestésicos que si bien disminuían el sufrimiento psicológico de las víctimas, derivaban en la individualización del problema y en el apaciguamiento acrítico de los sentimientos asociados a la indignación.

3 Sobre estos resultados no hay documentación publicada. Fui testigo de los informes de varias organizaciones operadoras de varios departamentos del país, y este espiral era constante en los reportes de síntomas recientes. La preocupación radicaba no solo en la reaparición de los síntomas, sino en la pérdida del contacto con el paciente que debía culminar su ciclo de atención humanitaria o que por razones de la pobreza y la continuidad del conflicto armado debían desplazarse una vez más, con muy pocas probabilidades de volver a recibir tratamiento.

Enfoque de atención psicosocial: hacia la dignificación con un enfoque de derechos

Frente a este panorama y en el marco de una nueva actitud reflexiva de la comunidad académica y profesional, la mirada sobre el desplazamiento forzado se amplió en un contexto de diálogo fructífero de las organizaciones interesadas en el fenómeno, lo que animó “un proceso de construcción de hipótesis que permiten reconocer en el desplazamiento una estrategia de guerra de los actores armados que tiene referentes políticos, militares y económicos” (Pérez, 2002, p. 29).

Así, la toma de conciencia de que el desplazamiento forzado era más que un resultado del fuego cruzado y se constituía como una de las estrategias de los actores armados permitió comprender cómo tales estrategias afectaban las moradas, los cuerpos y las mentes de las personas y de las comunidades, perpetuando las relaciones de dominación. De este modo, el hecho violento y su afectación emocional empiezan a verse en un contexto amplio de intereses en juego y en una dinámica en la que lo social y lo político están vinculados de manera indisoluble a las comprensiones y los sentires de las víctimas y del conjunto de la sociedad.

Es así que desde hace más o menos quince años, las reflexiones de varios profesionales psi desembocaron en una especie de consenso: apelar a la categoría “lo psicosocial” para comprender aquellos aspectos relativos a las emociones, las comprensiones de la experiencia y las acciones e interacciones que entran en juego (Martín Beristain, 2000; Castaño, 2003). Esto implicaría superar la mirada individualizante del daño emocional, evitar la patologización de la víctima y favorecer la integración de todos los fenómenos implicados a la hora de comprender el dolor de las personas y sus recursos para recuperarse.

Una perspectiva de tal etiqueta pone en evidencia efectos políticos en la manera en que lo psicosocial se manifiesta: reconoce una tendencia al

silenciamiento, al refuerzo de la desconfianza hacia los otros, a la individualización de la vivencia, a la alianza resignada con figuras de poder, a la inhibición de la expresividad, a la pasividad. Todos estos elementos neutralizan las actitudes propias de la protesta social, la autoagencia personal y colectiva y la asociatividad; en últimas, produce docilidad en la víctima. La tarea de los profesionales psi cambia por completo: se trata ahora de hacer una labor de concientización, para sembrar la semilla de la exigibilidad y la participación política activa, de la mano de la concepción de la ciudadanía de derechos.

Allí donde antes se trabajaba en la necesidad de facilitar la adaptación a nuevos contextos y fortalecer a las personas para detener la temida espiral de violencia y para estar preparados para tiempos de paz, ahora se promovería la reflexión orientada a comprensiones más contextualizadas y complejas de la propia situación, en virtud de identificar su naturaleza política y su dimensión colectiva. Esto implicó priorizar la información sobre derechos y mecanismos legales de exigencia.

Enfoque de acompañamiento psicosocial: al lado de las víctimas, desde sus iniciativas y potenciando sus propios recursos

Dentro de las reflexiones que se adelantaron alrededor de la idea de lo psicosocial, se puso en tela de juicio la posición de “expertos” de los profesionales psi, pues la experiencia develaba saberes y recursos idiosincráticos de las víctimas en los nuevos contextos, los cuales resultaban de mayor eficacia y pertinencia que los que se extrapolaban de las teorías. También se cuestionó la formación de lazos de dependencia de las personas desplazadas con las organizaciones “intervenientes”.

Otro cuestionamiento se derivó de la vivencia de un alto agotamiento emocional de los profesionales psi, lo que traía consecuencias en su actitud

frente a las víctimas (irritabilidad, apatía, prejuicios, desensibilización, entre otras), que era tanto mayor cuanto más paternalista era la actitud.

Finalmente se reconoció que algunas intervenciones resultaban invasivas en tanto no consultaban la voluntad, disponibilidad y necesidades sentidas de las personas y comunidades, como también alteraban la rutina y el ambiente local, derivando consecuencias desafortunadas.

Todo esto llevó a tomar distancia de los términos “atención” e “intervención” y se comenzó a hablar de “acompañamiento”, como un gesto de humildad en reacción a la omnipotencia que suele ser frecuente entre profesionales que trabajan con poblaciones vulnerables (Sacipa et ál., 2005, p. 11). Así, el acompañamiento se orientaría a que las personas y las comunidades encontraran un espacio de apertura a la propia comprensión de sí mismas como sujetos que sufrieron el desplazamiento forzado y del contexto de esta experiencia dolorosa.

El acompañamiento psicosocial entendido de esta forma se constituye en oportunidad liberadora que hace viable el reconocimiento de los recursos psicosociales, para tramitar los sentimientos de dolor, desconfianza y miedo suscitados por la violencia política (Sacipa y Tovar, en prensa).

La propuesta de esta perspectiva coincide con la aparición de nuevos temas de interés investigativo relacionados con la capacidad de agencia (Jiménez, 2004), los recursos personales y sociales para el afrontamiento (Valderrama y Morales, 2001; Rodríguez, 2006; Latorre, 2010) y las resistencias cotidianas y organizadas (acción colectiva) (Osorio, 2001; Molina, 2005).

El punto muerto de la exigibilidad: la voluntad política del tecnócrata

Los logros de estos cambios en la estrategia de atención fueron notables: la recuperación de la autoestima y de la dignidad, el liderazgo creciente de las mujeres y los jóvenes, la capacidad para expresarse y deliberar en foros públicos, la actitud beligerante, los nuevos conocimientos en materia de derechos y de instrumentos constitucionales de exigibilidad, junto con la disminución de los síntomas de trauma, la elaboración de duelos (a partir del apoyo comunitario con enfoque cultural) y la reparación parcial de sus tejidos sociales de apoyo.

Esto implicó, en las personas, el emprendimiento de acciones individuales y colectivas consecuentes con su cambio vital y tendentes a reivindicar sus derechos. Aun así parece que el reconocimiento por parte del interlocutor y de la sociedad en su conjunto frente a esta nueva ciudadanía ejercida con tanto empeño no llegó jamás. Como lo denuncia la historiadora antioqueña Martha Inés Villa (2007):

A la población desplazada se le exige, para ser reconocida en su condición de ciudadanía, que se organice, que consulte sobre la validez o no de vivir en este o aquel lugar, que ejerza presión reivindicativa, que aprenda a hacer y gestionar proyectos, que conozca las instituciones del Estado y sus funciones, que aprenda a usar las leyes que le favorecen, en fin, que se articule en torno al poder unificador del nombre “desplazado”, que es la forma como se ha clasificado y legitimado su existencia social (p. 37).

La autora concluye que pese a que han recibido la denominación social para su reconocimiento, no se les ha dado su consecuente lugar social. Veámoslo en la voz de un hombre desplazado: “Pensábamos que iba a salir, que las cosas iban a suceder ligero, pues uno necesitando... Y ya llevamos casi dos años y nada; ellos prometen pero no cumplen” (archivo de

la investigación “Historia de Cedepaz y del desplazamiento de las personas que a conforman”, Pontificia Universidad Javeriana).

Es un lugar común en los análisis, las evaluaciones y los balances de profesionales de algunas ONG y académicos señalar eufemísticamente el fracaso de la gestión organizativa (Osorio, 2001; Sacipa, 2003; Chávez, Falla y Martínez, 2006). Sacipa (2003), por ejemplo, refiriéndose a una organización comunitaria, afirma: “La gestión ha recorrido un largo camino no muy exitoso hasta ahora; han sufrido la incompreensión y varios rechazos de las instituciones del Estado” (p. 55).

Pero además del desconocimiento y del incumplimiento sistemático de compromisos adquiridos en las negociaciones, la respuesta del Estado ha incluido la persecución al liderazgo, a través de hostigamientos, asesinatos selectivos y falsas judicializaciones, lo que ha resultado en la desestimulación de la participación y de la asociatividad y en la desintegración organizativa de aquellas iniciativas que buscan la gestión de recursos económicos, la exigibilidad de derechos y la interlocución con los organismos oficiales. Un líder que narra la persecución que sufrió su organización en la ciudad de Barranquilla dice: “Después de que pasan lo de los muertos, ya yo no quise seguir de lleno en la comunidad” (archivo de la investigación “Historia de Cedepaz y del desplazamiento de las personas que a conforman”, Pontificia Universidad Javeriana).

Así, pese a los avances, el resultado es casi un reporte de fracasos, pues los agotadores esfuerzos y sus riesgos resultan desproporcionados frente a sus logros parciales. En la ausencia de voluntad política, la gestión del ciudadano sujeto de derechos no es más que un grito en el vacío; es allí donde el acompañamiento psicosocial con personas y comunidades desplazadas encuentra su punto muerto.

Rutas teóricas para un acompañamiento políticamente potente

Desde un punto de vista teórico, un cambio en la concepción del desplazamiento forzado y en la inclusión de una nueva categoría para pensar los devenires de los aspectos psicosociales en las víctimas de este flagelo podría abrir el camino para potenciar políticamente el acompañamiento.

Si el desplazamiento forzado se concibe no solo como una estrategia dentro del conflicto armado, sino también como parte del flujo global de capital material y simbólico, la estrategia política de incidencia cambiará de inmediato, en la medida en que la exigibilidad en el nivel estatal y la interlocución privilegiada con los gobiernos locales y nacionales mostrarán su esterilidad. Las personas y las comunidades que sufren el desplazamiento forzado serán capaces de cambios políticos al cambiar el paradigma de la transformación política hacia perspectivas no estado-centristas de lo político, al igual que al ampliar su radio de interacción, cruzando virtualmente (y si es posible físicamente) las fronteras nacionales. Esto, que en principio parece extraño, es algo que varias comunidades en resistencia, tales como las comunidades de paz y algunas comunidades indígenas, han hecho ya en diferentes niveles y con distintos énfasis.

Ellos han potenciado el apoyo de las organizaciones internacionales, han diversificado su interlocución política con los actores que consideran relevantes y han gestionado la vida cotidiana de su comunidad sin pedir permiso. También combinan estrategias constitucionales y de exigibilidad con acciones directas para tramitar su proyecto político, que lejos de la toma del poder, es una visión de una nueva manera de vivir juntos.

Para constituirse en el sujeto de derechos que las perspectivas psicosociales les propusieron, estas personas y comunidades desplazadas requirieron de ajustes en sus maneras de sentir, entender y actuar; de la misma manera, aquellos que se resisten han hecho transformaciones, pero con

nuevos elementos que aún estamos explorando. Tales cambios constituyen la clave para que un acompañamiento psicosocial potencie su propia capacidad política.

Para realizar esta exploración, el concepto de salud mental –y los de sujeto que le subyacen, como “yo”, “comportamiento”, “psiquismo”– y el de los aspectos psicosociales han mostrado sus límites. Por eso, la propuesta teórica es introducir la categoría “subjetividad”, que resulta de gran pertinencia por su carácter emergente, su plasticidad y su capacidad para engranar miradas que se mueven entre lo local y lo global.

Algunos investigadores ya han comenzado a acercarse, desde la subjetividad, a la comprensión de la experiencia humana implicada en la violencia política. Mi trabajo actual consiste en explorar las dimensiones políticas de la subjetividad en el contexto específico de la resistencia al desplazamiento forzado. Si bien no es posible mostrar acá los resultados preliminares de este trabajo, diré que son reconocibles una serie de configuraciones subjetivas asociadas a la resistencia pacífica en las circunstancias extremas a las que son sometidas nuestras comunidades indígenas y campesinas. En la idea de una *subjetividad para la vida* reconozco una de las semillas de la *política para la vida*, que supone la producción, conservación y cuidado de *la vida*, en el sentido en que lo propone Maldonado (2002), más allá de la *vida nuda*.

Referencias

- Aguilera, A. (2010). El silencio impuesto a la recuperación de la memoria: una propuesta de atención psicológica a víctimas de violencia socio-política en Colombia. En Barrero Cuéllar, É. (Ed.). *Memoria, silencio y acción psicosocial* (pp. 159-178). Bogotá: Cátedra Libre Matín Baró.
- Arias, F. J. (2000). Impacto psicosocial del desplazamiento forzado en jóvenes. Construyendo en Colombia nuevas formas de esperanza. En

Arias, F. (Ed.). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Arias, F. y Ruiz, S. (2002). Construyendo caminos con familias y comunidades afectadas por la situación de desplazamiento en Colombia. Una experiencia de trabajo psicosocial. En Arias, F. et ál. (Eds.), *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento* (pp. 41-63). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Bello, M. N. (2001). Niños y niñas en situación de desplazamiento en la ciudad: entre la frustración y la resistencia creativa. En *Memorias del 1.º Encuentro Interuniversitario: Derechos de la Niñez y la Juventud*. Bogotá: Unicef.

Camilo, G. A. (2002). Impacto psicológico del desplazamiento forzoso: estrategia de intervención. En Arias, F. et ál. (Eds.), *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento* (pp. 22-39). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Castaño, B. L. (1991). *El desplazamiento y sus consecuencias emocionales*. Bogotá: Corporación AVRE.

Castaño, B. L. (1994). *Violencia sociopolítica en Colombia. Recuperación en la salud mental de las víctimas*. Bogotá: Gente Nueva.

Castaño, B. L. (2003). A propósito de lo psicosocial en el desplazamiento. En Bello, M. N. (Ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Acnur - Universidad Nacional de Colombia.

Castillejo, A. (2005). Las texturas del silencio: violencia, memoria y los límites del quehacer antropológico. *España Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 9(1), 39-59.

Castillejo, A. (2006). De asepsias, amnesias y anestesia. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, 2(1), 54-58. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Castillejo, A. (2007). Violencia, pasado y tecnologías del recuerdo: perspectivas desde África y América Latina. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, 4(1), 1-300.
- Castillo, A. (2004). *El desplazamiento como fenómeno socioeconómico ligado a la concentración del poder sobre la tierra*. En Bello, M. (Ed.). *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Acnur - Universidad Nacional de Colombia.
- Chávez, Y. A., Falla, U. y Martínez, L. A. (2006). Construcción de subjetividades en contextos de conflicto armado: representaciones sociales del retorno, la violencia y el desplazamiento forzado en población víctima de desplazamiento asentada en el municipio de Soacha. En Bello, M. (Ed.). *Investigación y desplazamiento forzado, reflexiones éticas y metodológicas* (pp. 199-210). Bogotá: Redif - Colciencias.
- Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) (2010). *Codhes Informa. Boletín informativo*, 76. Bogotá. Recuperado de http://www.codhes.org/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=62&Itemid=50
- Correa, C. y Rueda, D. (2002). La barbarie irracional de la guerra: el desplazamiento. En Arias, F. et ál. (Eds.). *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento* (pp. 64-77). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Daniels, A. (2005). El conflicto armado y el desplazamiento en Bolívar. De la formalidad legal a la justicia real. En Bello, M. N y Villa, M. I. (Comps.). *El desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas* (pp. 203-232). Medellín: Red nacional de Investigación sobre Desplazamiento Forzado.
- Duque, H. (2000). Mujeres en situación de desplazamiento: una experiencia de reinención social desde la perspectiva de género. En Arias, F.

- J. *Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Girón, C. y Vidales, R. (2010). El rol reparador y transformador de la memoria: de la eficacia simbólica a la acción política colectiva. En Barrero Cuéllar, É. (Ed.). *Memoria, silencio y acción psicosocial* (pp. 225-270). Bogotá: Cátedra Libre Matín Baró.
- González, M. y Salas, I. (2002). *La víctima: una construcción a través del lenguaje. El caso de los desplazados por la violencia en el sudoeste antioqueño* (tesis de grado). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Grupo pro Reparación Integral (2006). *Voces de memoria y dignidad: la dimensión simbólica y cultural de la reparación integral en Colombia*. Bogotá: Arfo.
- Jiménez, S. (2004). *Desplazados en la ciudad: entre el exilio interno y la búsqueda de proyecto de vida*. Cartagena: Universidad de San Buenaventura.
- Latorre, E. L. (2010, enero-junio). Memoria y resiliencia. Estudio de la memoria de las víctimas del conflicto armado en el departamento del Magdalena: presentificación, visibilización, catarsis y resiliencia. *Prolegómenos: Derechos y Valores*, 25(13), 95-109.
- Lazarus, R. y Folkman, S. (1986). El proceso de afrontamiento: una alternativa a las formulaciones tradicionales. En *Estrés y procesos cognitivos*. Barcelona: Martínez Roca.
- Lozano, F. y Osorio, F. E. (1999). Horizontes de comprensión y acción sobre el desplazamiento de población rural en Colombia, 1995-1997. En *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Bogotá: Codhes - Unicef. Recuperado de <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/despl/22.html>
- Maldonado, C. E. (2002). *Filosofía de la sociedad civil*. Bogotá: Siglo del Hombre.

- Martín Beristain, C. (2000). Reflexiones sobre los enfoques y modelos en el trabajo psicosocial. En *Enfoques y metodologías de atención psicosocial en el contexto del conflicto sociopolítico colombiano*. Bogotá: Unión Europea - Terre des Hommes Italia.
- Meertens, D. (2003). *Encrucijadas urbanas: población desplazada en Bogotá y Soacha, una mirada diferenciada por género, edad y etnia*. Bogotá: Acnur.
- Molina, N. (2005). Resistencia comunitaria y transformación de conflictos. *Reflexión Política*, 14(7), 71-82.
- Molina, N. (2009). Reconstrucción de memoria en historias de vida. Efectos políticos y terapéuticos. *Revista de Estudios Sociales*, 36, 64-75.
- Molina, N. y Páez, D. (2010). La memoria colectiva, una ética de futuro. En Barrero Cuéllar, É. (Ed.). *Memoria, silencio y acción psicosocial* (pp. 271-290). Bogotá: Cátedra Libre Matín Baró.
- Naranjo, G. (2001). El desplazamiento forzado en Colombia. Reinención de la identidad e implicaciones en las culturas locales y nacional. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 94(1). Recuperado de http://www.ub.edu/geocrit/sn-94-37.htm#N_24
- Organización Panamericana de la Salud y Organización Mundial de la Salud (2002). *Guía práctica de salud mental en situaciones de desastres*. Washington.
- Osorio, F. E. (2001). Territorios, identidades y acción colectiva. Pistas en la comprensión del desplazamiento. En *Desplazamiento forzado interno en Colombia: conflicto, paz y desarrollo*. Bogotá: Acnur - Codhes.
- Osorio, F. E. (2004). Recomenzar vidas, redefinir identidades: algunas reflexiones en torno a la recomposición identitaria en medio de la guerra y del desplazamiento forzado. En Bello, M. N. (Ed.). *Desplazamiento*

- forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 175-186). Bogotá: Acnur - Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, L. E. (2002). Desplazamiento forzado en Colombia, 1995-1999: una aproximación empírica a las relaciones entre desplazamiento, conflicto armado y desarrollo. En Organización Internacional para las Migraciones et ál. *El desplazamiento forzado en Colombia: compromisos desde la universidad* (pp. 17-87). Bogotá.
- Rodríguez Arenas, M. S. (2006). *Resiliencia: otra manera de ver la adversidad. Alternativa pedagógica para la atención de niños y niñas en situación de desplazamiento*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Rose, N. (1990). *Governing the soul. The shaping of the private self*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Sacipa, S. (2003, enero-junio). Lectura de los significados en historias del desplazamiento de una organización comunitaria por la paz. *Universitas Psychologica*, 28(1), 49-56.
- Sacipa, S. y Tovar, C. (en prensa). Psychosocial accompaniment to victims of political violence. En Christie, D. J. (Ed.). *Encyclopedia of peace psychology*. Malden: Wiley-Blackwell.
- Sacipa, S., Tovar, C. y Galindo, L. F. (2005). *Guía de orientaciones para el acompañamiento psicosocial a población en situación de desplazamiento*. Bogotá: CHF.
- Sacipa, S., Tovar, C., Galindo, L. y Vidales, R. (2009). Building cultures of peace from the devastation of war. In Montero, M. y Sonn, C. C. *Psychology of liberation: theory and applications* (pp. 221-235). New York: Springer.
- Salcedo, A. (2005). Memoria y reconstrucción. Desplazamiento forzoso hacia la ciudad de Bogotá de poblaciones campesinas e indígenas. En

Bello, M. N. y Villa, M. I. (Eds.). *El desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas* (pp. 163-194). Medellín: Red nacional de Investigación sobre Desplazamiento Forzado.

Valderrama, A. y Morales, L. (2001). *Mecanismos de afrontamiento de la guerra desarrollados por la población civil vinculada al proceso de comunidades de paz del Urabá chocoano* (tesis de grado). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Vega, L. F. (2002). *La construcción de subjetividad a partir del desplazamiento forzado en Colombia* (tesis de maestría). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Villa, M. I. (2007, mayo). El miedo: un eje transversal del éxodo y de la lucha por la ciudadanía. *Controversia*, 187. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep).